

† El problema nacional de América Latina y ciertos esquemas de integración regional

Revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Año I Nos. 3-4.—Octubre 1967 — Marzo 1968.

ARTURO FRONDIZI

El trabajo del doctor Frondizi se caracteriza tanto por su franqueza en tratar ciertas cuestiones según las cuales el nacionalismo y la integración se vuelven incompatibles, como por la defensa y exaltación de la idea nacionalista. Muchas cosas de las que anota el autor —personalidad conocida internacionalmente— no son realmente nuevas, sino que se las ha venido soslayando y discutiendo en círculos cerrados académicos y políticos, y esto con mucha reticencia.

En los inicios del estudio señala que existen algunos elementos y nociones de carácter económico (dimensión del mercado, división del trabajo y costos comparativos, economías de escala, etc.) que favorecerían la complementación e integración de América Latina, sin embargo, el análisis puramente teórico deja de

lado muchos intereses y necesidades de orden nacional, y no considera que la mayoría de países de la zona ni siquiera se han integrado internamente. Partiendo de esta base no se puede hablar de integración como la formación de una gran unidad: la nación-continente que muchos buscan no sería posible, por lo menos bajo las condiciones socio-políticas dominantes en la actualidad. "Esa hipotética nación-continente sería el agregado de cuerpos indiferenciados y sin esencia histórica; una mezcla, más no una personalidad" y continúa más adelante: "nuestras naciones, nuestros proyectos nacionales, no son resultados del azar ni de decisiones arbitrarias, sino producto de la historia, como son todas las formaciones nacionales". Siendo la formación de las nacionalidades un proceso largo y complejo y de dimensión histórica, no se podría sobreponer un esquema supranacional si la propia personalidad de las naciones no ha adquirido madurez y formas definidas.

Entre los fenómenos que coadyuvan o intervienen en la conformación de las nacionalidades cita los siguientes:

- a) "El ascenso homogéneo de los niveles de vida . . . ;
- b) "La alianza de todos los sectores sociales en la empresa de construir la nación;
- c) "La integración social, económica y cultural del país, de modo de formar la unidad histórica que es la nación, con sus expresiones espirituales propias;
- d) "La justicia social, que es el fruto del desarrollo y de una política deliberada de distribución de ingresos;
- f) "La capacidad creciente del país de integrarse, con pleno derecho a la igualdad de oportunidades, en la comunidad universal moderna, para contribuir eficazmente a la expansión multilateral de los intercambios comerciales y culturales y a la preservación de la paz y la convivencia entre todos los pueblos del mundo.

Según al autor, la idea de la soberanía nacional —en contraste con lo que muchos predicán no ha sufrido menoscabo alguno, más bien se ha reafirmado consecuentemente, es un utopismo hablar de una nacionalidad regional aún en el marco de la Europa

Occidental, integrada por países con nacionalidades perfectamente definidas. De allí que las tentativas del estado supranacional no hayan progresado ni en el Este ni en el Oeste Europeo; recuérdese que el COMECON, planeado como una "unidad cerrada" del bloque socialista, no ha podido impedir que cada país desarrolle sus propios sectores o que Rumania establezca relaciones con el gobierno de Bonn, que Checoslovaquia emprenda sus propias reformas políticas y económicas o que Yugoslavia dicte una legislación favorable a la inversión extranjera. Y, en el otro lado, nadie podrá impedir que Italia o España emprendan su propia industrialización, y que más recientemente algunos países se nieguen a firmar el tratado de no proliferación nuclear. Todas estas son razones irrefragables para señalar que en el mundo "no solamente no ha decaído la idea de nación, sino que se vigoriza". De esto se desprende la falacia del argumento según el cual el tercer mundo podrá obtener su desarrollo mediante un proyecto multinacional, presentado como superación de la "arcaica" idea de soberanía.

Es decir, sobre una base de desconexión, fraccionamiento, deterioro constante de salarios, caída de precios de los bienes de exportación, rígida estratificación social e incipiente industrialización se quiere "superponer esquemas de integración regional que vendrán a suplir los procesos nacionales de integración. En lugar de llegar a la integración regional como etapa superior de las integraciones nacionales, se nos propone comenzar de arriba para abajo: los proyectos multinacionales descenderían milagrosamente sobre nuestras débiles estructuras nacionales para vigorizarlas". Asimismo, de acuerdo a la teoría y a la aplicación del principio de economicidad, los proyectos multinacionales se llevarían a cabo según un plan de división del trabajo: se formarían polos de crecimiento diferenciados (habría centros mineros, centros agropecuarios o de industria pesada y liviana); los cuales podrían operar en función del mercado regional. Se olvida que tal cosa no ha sido posible ni en el marco de la Comunidad Económica Europea, compuesta por naciones en las cuales existe una industria altamente concentrada y monopolizada.

Desde un punto de vista político social la interrogante que se plantea el autor es si tal esquema de integración satisface el "proyecto nacional". La contestación que se da es rotundamente negativa, por los siguientes juicios:

a) "Si la provisión de energía o de productos siderúrgicos o de maquinaria de una de nuestras naciones dependiera de centros o plantas nacionales instaladas en territorio de otro país, o si la provisión de alimentos para obreros industriales de un país dependiera de los abastecimientos importados de otro país, habría que preguntarse como operarían los mecanismos supranacionales caso de que el interés nacional del productor entrara en conflicto con el del país consumidor. No es necesario referirse a la hipótesis de un conflicto internacional entre ellos, siempre posible. Bastaría con una contradicción, pasajera o permanente, de intereses, hipótesis más factible aún. No puede responderse a esto con el argumento de que ambos estados estarían ligados por los compromisos libremente contraídos en el sistema regional. La experiencia indica, y no puede reprocharse el hecho que el interés nacional —cuando es perentorio e ineludible— prima siempre sobre las obligaciones internacionales. Estas últimas sólo son operativas mientras coinciden los intereses de las partes en el mantenimiento del status internacional concertado...";

b) "Al planificarse la concentración de la gran industria en "polos de crecimiento" regionales, se concentra también en torno a estos polos la población obrera calificada. Subsistirían grandes regiones marginales de esta civilización industrial y dedicadas a las explotaciones primarias o de industria rudimentaria. Países enteros podrían quedar incluídos en estas zonas de producción agrominera. Inclusive se han propuesto a algunos países, como la Argentina, que cancelen o posterguen sus planes en la industria pesada y concentren las inversiones en la explotación agropecuaria para la cual están especialmente preparados. Sus necesidades de materias primas industriales serían provistas por los centros siderometalúrgicos y petroquímicos multinacionales, ubicados en otras repúblicas. Habría, pues, en el continente sociedades o comunidades altamente evolucionadas y con los niveles pro-

pios de la producción industrial y otras comunidades obligadas a desarrollarse al nivel de la vida rural campesina. En una palabra, la división entre naciones industriales y naciones rurales, trasladada al ámbito de nuestras repúblicas”;

c) “Este gran esquema de hacer de América Latina una sola unidad productiva, sin consideración de los intereses y las aspiraciones nacionales de sus pueblos, encaja perfectamente en el estilo supranacional de las inversiones y combinaciones en los monopolios de las grandes potencias. Conforme a tal esquema, América Latina se convertiría en un ancho espacio complementario de las economías de esos monopolios. Por vía del crédito internacional y de las inversiones directas, el capital monopolista administraría la producción y los intercambios de esta región dentro de sus planes mundiales globales. En virtud de la concentración y la racionalización que el plan supone, así como de los menores costos de la mano de obra, los monopolios exteriores se radicarían en nuestro continente y obtendrían mayores utilidades que en sus países de origen. Ya no estaría en manos de nuestros pueblos ni de nuestros gobiernos y productores la política nacional de obtener cooperación financiera externa y canalizarla a la ejecución de planes nacionales de desarrollo prioritario. Las prioridades, las inversiones, su distribución geográfica, su oportunidad y su magnitud, las cuotas de producción, la regulación de la oferta y la demanda y de los precios, estarían en manos de órganos supranacionales sometidos a las reglas de juego del capital monopolista internacional. Se cumpliría así, cabalmente, la tesis de la caducidad de la soberanía, sólo que la soberanía habría sido transferida a poderes exteriores. Son obvias las consecuencias de esta delegación de soberanía en materia de producción de elementos vitales para la defensa nacional y el equipamiento de las fuerzas armadas nacionales”.

La ruta que debe seguir la integración —señala— debe favorecer acuerdos regionales que permitan dar fuerza al desarrollo de cada nación y no insistir en aquellos acuerdos que quebranten o sustituyan el concepto de integración nacional por el de una

utópica integración regional, fundada en los pilares teóricos de la división internacional del trabajo.

La integración regional debería ser una etapa de las integraciones nacionales y no previa como se pretende.

A la luz de la coyuntura internacional no se puede justificar por causa alguna el abandono de las aspiraciones de cada una de las naciones, sobre todo en momentos que la ciencia y la tecnología han rebasado los límites de las naciones adelantadas y las potencias nucleares han aceptado la coexistencia pacífica y se han enfilado por la competencia pacífica en terrenos del mundo subdesarrollado.

Finaliza el trabajo con un ferviente llamado a realizar, sin demoras de ninguna clase, la integración nacional de cada país de la región, alejándonos de esquemas mediatizadores que en nada favorecen los intereses de los pueblos latinoamericanos.